

Balam, el jaguar  
Te llamarás Balam



**T**odos los jaguares nacemos con los ojos cerrados.

Y así nací yo también.

—Bienvenido al mundo, hijo mío —dijo mamá entonces—. Te llamarás Balam.

Todavía tardé muchos días en verla. Mis ojos debían acostumbrarse a la luz.

Vivir a oscuras era todo un misterio. Nuestra madriguera era un lugar seguro y agradable, pero yo quería saber qué había fuera de ella. Los árboles de la selva susurraban secretos y la tierra olía a barro y raíces. Para mí no existían los días ni las noches, así que solo po-



día medir el tiempo por el canto de las cigarras al atardecer. Después de aquel sonido, la Tierra enmudecía y en la selva se hacía el silencio. Entonces, yo me acurrucaba sobre el cálido pelaje de mamá y escuchaba el latido de su corazón hasta quedarme dormido.

No podía pedir más.

Aunque me moría de ganas de ver todo lo que me rodeaba.

—¿Por qué los jaguares nacemos con los ojos cerrados? —le pregunté un día a mamá.

—Para aprender a respetar la ley de La Tierra —respondió ella.

—No hacer daño sin motivo —dije yo.

—Así es, hijo mío. Cuenta la leyenda que el primer jaguar que pisó el mundo era tan poderoso que se volvió orgulloso y malvado. Para demostrar su fuerza, mató a una criatura inocente sin razón alguna. Como castigo, la Tierra cegó sus ojos. Desde entonces, los jaguares nacemos ciegos para recordar aquella sabia lec-

ción. Solo debemos cazar para alimentarnos. Porque la vida es sagrada. Nunca lo olvides, Balam.

—No lo olvidaré —prometí.

Poco a poco, mis ojos se fueron abriendo. Un día, al cabo de dos semanas, vi.

Entonces el mundo cambió para siempre. Fue como una gran explosión de colores. Descubrí que mi hogar no era oscuro, sino verde y brillante.

Y me sentí el jaguar más afortunado de la tierra.

Mamá me enseñó a distinguir las plantas y los árboles, los guacamayos y los tapires y todos los animales que habitaban a nuestro alrededor. Yo no podía imaginar un lugar mejor para vivir. Enredaba mis patas en las lianas que colgaban de las ramas y jugaba a perseguir colibrís azules y mariposas naranjas. El agua de los riachuelos calmaba mi sed y refrescaba mi cuerpo. A veces, creía distinguir la sombra de una rana y saltaba sobre los charcos, cubrién-

dome de barro. Entonces mamá me lamía con paciencia.

Ella siempre cuidaba de mí.

Y eso me hacía muy feliz.

—Tenemos suerte de vivir en un lugar tan abundante —decía algunas veces—. Y de estar juntos.

Mamá era una jaguar muy hermosa. Su pelaje era dorado, con manchas negras y redondas, más grandes y espesas que las mías. Bajo el sol del mediodía, sus ojos eran suaves, del color de la miel silvestre. De noche, en cambio, la luna los volvía brillantes y peligrosos.

Mamá siempre tenía una mirada cariñosa para mí, pero también era una gran cazadora.

—La selva es bella y peligrosa —decía—. Debes aprender a valerte por ti mismo cuanto antes, querido hijo.

En cuanto crecí un poco, mamá me enseñó a cazar. No era una tarea sencilla. Había que ser rápido y cuidadoso. Aprendí a esconderme

y a esperar, a perseguir rastros y a saltar en el momento oportuno. El más pequeño despiste espantaba a los mapaches y a los armadillos.

Pero ella nunca perdía la calma.

—Un jaguar es veloz como el viento y silencioso como las estrellas —solía decirme.

Mamá también me enseñaba a sobrevivir en la selva. Me mostraba los peligros de las serpientes venenosas y de la picadura de las hormigas rojas. Y cómo hacer madrigueras o esconderme entre las plantas.

Y así fui aprendiendo todas las cosas que debe saber un jaguar.

Los días servían para entrenar mi olfato y mis garras. Pero, por las noches, cuando la luna de la selva brillaba alta y clara, mamá me explicaba cosas sobre mi alma.

—Debes sentirte orgulloso de ser un jaguar, pequeño Balam. La Tierra te ha hecho fuerte y sensible como ninguna otra criatura y por eso

eres un animal sagrado. Muchas tribus veneran nuestro espíritu.

—¿Por qué, mamá?

—Los jaguares somos animales muy poderosos. Cuenta la leyenda que nacimos al mismo tiempo que el sol y la luna y por eso nuestro pelaje es dorado como la luz y nuestras manchas negras como la noche. Además, el sol y la luna nos dieron un don especial: los jaguares tenemos el poder de visitar a los seres humanos en sueños. Somos capaces de llevarles mensajes o alejar sus pesadillas.

—¿Yo también podré hacer eso? —pregunté.

—Claro, hijo. Cuando seas mayor, podrás cuidar del sueño de un humano.

—¿Tú lo haces, mamá?

—Antes lo hacía, pequeño Balam. Cuidaba de los sueños de una humana. Pero ya no.

—¿Por qué no?

—Es mejor que no hablemos de cosas tristes —dijo mamá—. Además, todavía pasará mu-

cho tiempo antes de que seas un jaguar grande y sueñes con un humano. Duerme tranquilo, hijo mío. Y no tengas prisa por crecer.

Creo que esa fue la única vez que mamá se equivocó en algo.

Porque aquella misma noche soñé con Tumi.

Editorial Milenio



© del texto: Andrea Maceiras Lafuente, 2023  
© de las ilustraciones: Eva Sánchez Gómez, 2023  
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S. L. 2023  
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com

Primera edición: febrer de 2023  
ISBN: 978-84-9743-xxx-x  
DL: L xxx-2023  
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L  
www.bobala.cat

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.